

con que nos daremos buena vida. Hizome mil caricias, y al punto, porque se hacia tarde, se fueron a la ciudad, quedando convenidos que a la mañana yo iria a su casa, donde haríamos la mas alegre boda que jamás se vió. ¡Plegue a Dios que orégano sea! decía yo entre mí.

Estuve toda aquella noche puesto entre la esperanza y el temor de que aquellas mujeres no me engañasen, aunque me parecia era imposible hubiese engaño en una tan buena cara. Esperaba gozar de aquella polluela, y así la noche me pareció un año. No era aun bien amanecido, cuando cerrando mi ermita me fui a casarme, como quien no decia nada; no me acordaba que lo era; llegué a hora que se levantaban; recibíenme con tan grande alegría, que me tuve por dichoso, y pospuesto todo temor, comencé a hacer y deshacer en casa, como en propia; comimos tan bien y con tanto gusto, que me parecia estaba en un paraíso. Habian convidado a comer a seis ó siete de sus amigos; después de comer danzamos, y a mí, aunque no lo sabia hacer, me forzaron a ello. ¡Era verme bailar, con mis hábitos de ermitaño, cosa de risa! Venida la tarde, después de bien cenar y mejor beber, me entraron en un aposento no mal aderezado, donde habia una buena cama. Mandáronme acostar en ella; entre tanto que mi esposa se desnudaba, descalzóme una criada, y dijo me quitase la camisa, porque para las ceremonias que se habian de hacer era menester estar en cueros. Obedeci luego, entraron por el aposento todas las mujeres y mi esposa detrás vestida de ceremonia, trayéndole una la cola. Así que llegaron me asieron cuatro de los pies y de los brazos y con grande diligencia me echaron cuatro lazos corredizos, y atando las cuerdas a los cuatro pilares de la cama, quedé aspadado como un san Andrés. Comenzaron todas a reír al verme en aquella forma, y trayendo una un caldero de agua del pozo, y otra una olla de agua hirviendo, empezaron a echarme por todo el cuerpo jarros, ya de fria, ya de caliente. Yo ponía con esto los gritos en el cielo; ellas me mandaron callar, amenazándome que de otro modo seria mas serio el chasco, y que pensase para qué habia nacido. Luego tomaron una gran vacia con agua muy caliente y me metieron en ella la cabeza; abrasábame, y lo peor era que si queria gritar me daban tantos repizcos y azotes con los chapines, que tomé por mejor partido sufrir y dejarlas hacer cuanto quisieran: pelaronme las barbas, cejas, cabellos y pestañas. Paciencia, decian ellas, que las ceremonias se acabarán presto, y gozará de lo que tanto desea. Roguélas que me dejasen, pues el amor

se me habia pasado; pero sin hacer caso de mis lamentos, con el tizne de las sartenes me pusieron la cara y todo el cuerpo de modo que parecia el mismo demonio. Entonces una, la mas vivaracha y desahogada, dijo a las demás: no seria malo llamar a Pierres el capador para que lo hiciese músico. Rieron todas la ocurrencia, y en particular mi mujer.

Se preparaban a ponerlo por obra, diciéndome: «¿creia el dómne ermitaño que no hay mas que casarse, y que todo lo que le deciamos era el Evangelio? Pues no era ni aun la Epistola. ¿De mujeres se fiaba? Ahora verá el pago que lleva.» Yo, como me vi en un peligro tan inesperado, hice tales esfuerzos que rompí una cuerda con un pilar de la cama, y ellas temiendo acabase de romperla me desataron, y cogiendo las puntas de la manta sobre que estaba tendido, empezaron a mantearme con mucha alegría, diciéndome: «estas son las ceremonias con que comienza el casamiento; mañana, si quiere volver, acabaremos lo demás.»

Yo estaba tan rendido y quebrantado, que ni aun aliento tenia para hablar. Entonces, envuelto en la misma manta, me llevaron entre cuatro, lejos de la casa, dejándome en medio de la calle, en donde me amaneció; y los muchachos me comenzaron a correr y hacerme tanto mal, que por huir de su furia me entré en una iglesia, y puse junto al altar mayor, donde cantaban una misa. Como los clérigos vieron aquella figura, que sin duda parecia al diablo que pintan a los pies de san Miguel, dieron a huir, y yo tras ellos por libertarme de los muchachos. La gente de la iglesia gritaba; unos decian: «guarda el diablo»; otros: «guarda el loco»; yo también gritaba, que ni era diablo, ni loco, sino un pobre hombre a quien sus pecados habian puesto así. Con esto se sosegaron todos; los clérigos tornaron a acabar su misa, y el sacristán me dió un bancal de una sepultura con que cubrimme. Púseme en un rincón considerando los reverses de la fortuna, y que por donde quiera hay tres leguas de mal camino; y así determiné quedarme en aquella iglesia para acabar allí mi vida, que segun los males pasados no podia ser muy larga, y para escusar el trabajo a los clérigos de que me fuesen a buscar a otra parte después de mi muerte.

Esta es, amigo lector, en suma la segunda parte de la vida de Lazarrillo, sin añadir ni quitar, de lo que della oí contar a mi bisabuela. Si te diere gusto me huelgo, y adios.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE DE LAZARRILLO DE TORMES, POR H. LUNA.

EL PATRAÑUELO.

PRIMERA PARTE

DE LAS PATRAÑAS DE JUAN DE TIMONEDA,

EN LAS CUALES SE TRATAN ADMIRABLES CUENTOS, GRACIOSAS MARAÑAS, Y DELICADAS INVENCIONES PARA SABER CONTAR EL SABIO Y DISCRETO RELATADOR.

EPISTOLA AL AMANTISIMO LECTOR.

Como la presente obra sea para no mas de algun pasatiempo y recreo humano (discreto lector), no te des a entender que lo que en el presente libro se contiene, sea todo verdad, que lo mas es fingido y compuesto de nuestro poco saber y bajo entendimiento; y por mas aviso, el nombre dél te manifiesta clara y distintamente lo que puede ser; porque *Patrañuelo* se deriva de patraña, y patraña no es otra cosa sino una fingida traza tan lindamente amplificada y compuesta, que parece que trae alguna apariencia de verdad. Y así, semejantes marañas las intitula mi lengua natural valenciana *Rondalles*, y la toscana *Novelas*, que quiere decir: tú, trabajador, pues *no velas*, yo te desvelaré con algunos graciosos y asados cuentos, con tal que los sepas contar, como aquí van relatados, para que no pierdan aquel asiento y lustre y gracia con que fueron compuestos. Vale.

SONETOS.

ENTRE EL AUTOR Y SU PLUMA.

- Pluma, en hartas obras me ocupaste,
Hartos murmuradores has tenido,
Canciones infinitas imprimido.
—Tus faltas y descuidos discantaste.
—Romances hice afables, si notaste.
—Con ellos has quedado bien roido.
—Sonetos he compuesto y traducido.
—Tu poca habilidad sé que sonaste.
—Igual fuera ser Sócrates famoso.
—Platon no hubiera para tí faltado,
O Séneca, el quien letras encumbraron,
Rumiárate Aulo Gelio muy curioso.
—Pues bien podrá pasar por do han pasado.
—Podrás, mas no quedar como quedaron.

DE AMADOR DE LOAYSA, EN LOOR DE LA OBRA.

- Ingenio sutilísimo abundoso,
Ilustre, sabio, fértil, admirable,
Discreto, grato, lento, conversable,
Leído, ejemplar, artificioso,
Retórico, apacible, caudaloso,
Benigno, sin doblez, cauto, amigable,
Suave, liberal, honesto, afable,
En cuentos y en amores muy gracioso,
Poético en estilo sobrehumano,
De musas laureado acá en el suelo,
Acepto ya por todo el universo,
Cómico, penetrante en prosa y verso,
Cual se descubre en este *Patrañuelo*,
Es el de Timoneda Valenciano.

EL PATRAÑUELO.

PATRAÑA PRIMERA.

Argentina y Tolomeo,
Los dos por la penitencia,
Vinieron á consciencia
No haber hecho caso feo.

En la ciudad de Alejandría habitaban dos prósperos y ricos mercaderes casados muy á su contento, el uno llamado Cosme Alejandrino, y el otro Marco César, los cuales con sus tratos y mercancías hacían compañía, y habitaban en una propia casa. Quiso su buena suerte y ventura, que en un tiempo y sazón engendrasen sus mujeres y pariesen en un mismo día dos hijos, los mas hermosos y agraciados que formar pudo naturaleza. Por lo cual confederados con la buena amistad que se tenían, quisieron que se llamasen los dos Tolomeos, de un solo nombre, aunque de allí á muy pocos dias las madres murieron, á respecto que tuvieron los partos trabajosos y mortales: bien que cuando esto aconteció á Cosme Alejandrino, tenía una hija, dicha Argentina, que en su casa una ama se la destetaba. Los honrados viudos, ya después de haber hechas sus honras en el enterramiento de sus mujeres, platicando á quién podrían dar á criar sus hijos; habiendo el ama sentimiento dello, que Pantana se decía, por importunación de su marido Blas Carretero, de improviso arrodillada delante de sus presencias, hizo la siguiente petición:

«Lastimados y señores míos, tanto con aquella humildad que prestalles debo y puedo, cuanto por la voluntad que á mis señoras y mujeres tuyas, que en gloria sean, he tenido, y sobre todo, el amor que de nuevo he tomado, por empezar á darles la destilada leche de mis pechos á sus dos hijos únicos, amados Tolomeos, suplico cuan encarecidamente posible sea, que me los den á mí á criar tan solamente, si servidos fuesen; porque ya sabe aquí el señor Cosme Alejandrino, con cuánta diligencia y solícitud he criado en casa á Argentina, hija suya, que de leche necesidad para el presente no tiene, sino yo desta señalada merced que á los dos juntamente pido.» En vella tan humilde, y cuán bien manifestaban las lágrimas que destilaban por sus ojos el entrañable amor que en su corazón estaba oculto, tomáronla entrambos á dos por sus brazos, y alzándola de tierra, tomando la mano Cosme Alejandrino, dijo lo siguiente: «ama y señora nuestra, que así conviene para el presente que os llamemos, viendo vuestra buena determinación, y considerando los muchos servicios que de vos y de vuestro marido en esta casa recibimos de cada día, de parte del señor Marco César y mía, digo que soy contento, si él por bien lo tuviere.» Respondió Marco César: «sí, señor, y satisfecho. Así que, señora ama, criadlos como de vos se confía.»

Pues como el ama los criase, eran tan semejantes en estatura y gesto, que si el ama no, nadie sabía determinarse de presto cuál su hijo fuese. Por lo cual, siendo grandecillos, tuvieron necesidad de diferenciarlos de vestidos. En este discurso de tiempo, el Marco César viniendo á menos, él y Cosme Alejandrino deshicieron la compañía, y determinándose de ir el Marco César á vivir en Atenas, pidiendo su hijo, el ama por el amor que á los ni-

ños tenía, usó desta maña, y fué, que mudando los vestidos trastrocó los hijos, y dió á cada cual padre el que no era su hijo, á respecto que Cosme Alejandrino, cuando viniese á saber (siendo grande) que no era su hijo aquel, no dejaria, por habelle tenido en aquella reputación y cuenta, de hacelle algun bien y á su hijo mucho mas.

Pero como las mujeres sean frágiles, el ama, que Pantana se decía, ya que destetado hubo á Tolomeo, por tener el marido viejo, rencilloso, y conceder á los lisonjeados requiebros de cierto mancebo, y pospuesto el amor que tenía á la casa de Cosme Alejandrino, se fué con el dicho mancebo, tomando lo mejor que pudo, y siendo á una jornada de la ciudad, á la haldá de la sierra de Armenia, la robó el mancebo que la llevaba, y viéndose sola, sabiendo que en la cumbre del monte había una ermita y necesidad de ermitaño para ella, cortóse de la saya que llevaba un hábito mal cortado y peor cosido, y llamándose fray Guillermo, se puso en ella, y por su buena condición y vida la tenían en gran reputación por todos aquellos lugarejos.

Siendo ya de edad proporcionada Argentina y Tolomeo, por la mucha familiaridad y conversacion que se tuvieron, sin tener respecto al deudo que ellos pensaban tener, se ayuntaron los dos, del cual ayuntamiento se hizo ella preñada.

En esta coyuntura, Marco César vino de Atenas con gran cantidad de dineros, que en sus tratos y mercaderías había ganado, para pagar á todos sus deudores; y trajo consigo á Tolomeo, el cual pensaba que su hijo fuese; y visitándose él y Cosme Alejandrino, trataron casamiento de Argentina con Tolomeo ateniense, que así se llamaba por haberse criado en Atenas. Los padres contentos, y dadas las manos, suplicó Marco César á Cosme Alejandrino, que estuviere el negocio secreto, entre tanto que volviese de cierto camino que había de hacer.

Pues como Argentina en este entretenimiento se viese preñada y desposada, dando parte dello á su tan querido Tolomeo, hallóse el triste mancebo tan atribulado, que no tuvo otro remedio sino irse aborrecidamente de casa de Cosme Alejandrino, dejando encomendada Argentina á una parienta suya, en que, en ser nacida la criatura, secretamente le diese recaudo; y él como culpado que se pensaba ser por haberse ayuntado con su hermana, no lo siendo, se fué á las sierras de Armenia para aconsejarse con fray Guillermo, y recibir la penitencia de su mano; el cual, como ama que le había sido, y por la confesion que hizo, luego le conoció, y disimuladamente le dió una sutil penitencia, dándole acogimiento en su ermita.

Viniendo á parir la congojada y triste Argentina, sin haber nadie sentimiento, no fué tan secreta en este negocio, que al sacar la criatura una moza de casa lo hubo de sentir Cosme Alejandrino; y por allí vino á saber de quién y cómo se había engendrado, el cual, airado de semejante caso, mandó á Blas Carretero, un criado de quien mucho se fiaba, que vista la presente tomase aquel niño y le echase en el río de Armenia. Sabido por Argentina su madre el cruelísimo mandado de su padre Cosme Alejandrino, por ruegos y promesas qué hizo á Blas Carretero, lo indució que lo echase en las tierras de Armenia con cierto joyel que le puso al cuello.

Echado el niño, hallóle fray Guillermo entre unas matas, el cual llevó á su ermita, y á ciertos pastores con leche de ovejas y cabras mandó que lo criasen.

Argentina, alcanzando á saber á cabo de dias que su amado Tolomeo hacia penitencia en las sierras de Armenia, se fué derecha allá escondida y secretamente, y venida á los piés de fray Guillermo, conocida la inocencia de su pecado, y de cómo, por las señas que ella dió, que el niño que se criaba era su hijo, se dió á Tolomeo y á ella á conocer, dándoles clara y distinta razon cómo no eran hermanos, ni por tal se tuviesen, y que el hijo suyo ella lo tenía bien guardado, y que diesen á Dios loores y gracias de todo, pues en tan buen puerto habían aportado, y que les suplicaba de su parte, que se fuesen juntamente con ella á casa de Cosme Alejandrino, porque sabiendo el caso como pasaba, no dejaria de tener por bien que se efectuase el matrimonio de los dos, y haber todos cumplido perdon; entonces aderezaron su partida.

Como Marco César viniese á pedir la palabra á Cosme Alejandrino, que le diese á Argentina por mujer de su hijo ateniense, y no la hallase, era tanta la contienda de los dos, que no había quien los averiguase. En esto allegó fray Guillermo diciendo: «paz, paz, honrados señores, y Dios sea con ellos; sosiéguese y oiganme, por caridad, si son servidos, que podrá ser que yo sea el remedio con que se atajen sus tan trabadas y marañadas pendencias.» Callando todos, mandaronle que prosiguiese, el cual dijo así: «Señor Cosme Alejandrino, tu hija Argentina y Tolomeo bajo de mi poder y dominio están, y el niño que mandastes echar en el río también; no te fatigues, que sin perjuicio de tu honra, ni ofensa de Dios, pueden ser casados, porque Tolomeo, el cual piensas que es tu hijo, no lo es, sino aquí de Marco César, y el de Marco César es el tuyo; y porque crédito me des á ello, y tú quédes satisfecho de lo propuesto, has de saber que yo soy Pantana, mujer de Blas Carretero, que tuve por bien de trastrocarnos de hijos al tiempo que deshicistes la compañía, porque los niños, siendo tú próspero, fuesen bien librados; y si desto que hice te parece que merezco culpa, te suplico que me perdones, y asimismo me lo alcances de mi marido. Concediéndoselo, y venidos Argentina y Tolomeo en su presencia, fueron muy bien recibidos, y los padres muy contentos y alegres que fuesen casados, y así se hicieron las bodas muy solemnes y regocijadas, como á sus estados y honra pertenecía.

Deste cuento pasado hay hecha comedia, que se llama Tolomea (1).

PATRAÑA SEGUNDA.

Por su bondad Griselida
Fué marquesa: obedesca
Lo que el marido queria
Con paciencia no fingida.

En los confines de Italia, acia el poniente, region harto deleitable y poblada de villas y lugares, habitaba un escelente y famosísimo marqués, que se decía Valtero, hombre de gentil y agradable disposición, y de grandes fuerzas, puesto en la flor de su mocedad, no menos noble en virtudes que en linaje. Era, finalmente, en todo muy acabado, salvo que contentándose con solo lo presente, era en extremo descuidado en mirar por lo venidero, tanto que toda su ocupacion era correr montes, volar aves, que todo lo demás parecia tener puesto en olvido; y lo que sobre esto sentian sus vasallos, era que no curaba de casarse, ni queria que le hablasen en ello. Di-

(1) Esta comedia fué compuesta por Alonso de la Vega, y su descripción se halla en los Orígenes del teatro español de Moratin, núm. 100 del catálogo, y pág. 202 del t. II de esta Biblioteca.

simularon algun tiempo estas cosas; pero al fin, habiendo su acuerdo, vivieron en presencia dél, y uno que parecia tener mas autoridad y era mas privado suyo, en nombre de todos, le dijo:

«Vuestra humanidad, escelente señor, nos da osadia para que cada cual de nosotros en particular, cuando el caso requiere, os pueda muy abiertamente declarar su intencion: así que, ella misma me da á mi al presente atrevimiento para declararos las voluntades secretas destos vuestros y obedientes vasallos, no porque yo sea para esto mas hábil, ni tenga mayor autoridad; sino la que vos, señor, con vuestras grandes mercedes me habeis querido dar. Como quiera pues, señor, que todas vuestras cosas sean de tanto valor, y á todos nos parezcan bien, que nos tenemos por dichosos en ser vasallos de tal señor, sola una cosa nos queda, la cual si teneis por bien concedernos, seremos sin duda los mas bien afortunados hombres que hallar se pudieren en nuestros tiempos; y es que, señor, querais casaros, y ponerlos bajo del yugo matrimonial. Por tanto, señor, vos suplicamos admitais nuestros ruegos, así cual nosotros estamos prontos á vuestros mandamientos; sacadnos, señor, deste tan grande cuidado; porque si de vuestra vida ordena Dios otra cosa, no murais sin heredero, y nosotros sin el señor que de tan buen linaje deseamos.»

Movióse el ánimo del marqués con estos ruegos, y dijo: «Forzaisme, amigos, á pensar en una cosa muy ajena de mi pensamiento, porque holgaba vivir con entera libertad, la cual en los casados es muy rara; pero yo quiero someterme á vuestras voluntades, con tal condicion, que vosótrois me prometais y guardéis una cosa, y es, que la que yo escogiere por mujer, sea quien fuere, con toda honra y reverencia la sirvais, y que de mi eleccion en esta parte ninguno de vosotros en algun tiempo contienda ó se queje; básteos que se conceda vuestra petición en casarme.» Con mucho gozo y concordia prometieron los vasallos de hacer lo que el marqués les propuso, como hombres que apenas podian creer que habían de ver el deseado dia destas bodas, las cuales él les declaró para dia cierto, porque se aparejasen á solemnizarlas con mucha magnificencia. Para lo cual ellos se ofrecieron de muy amorosa gana, y así se despidieron del marqués con gran contentamiento.

Idos, el marqués, como al punto que le hablaron sus vasallos del casamiento le pasó por la memoria de los servicios, y bondad y gentileza de Griselida, sabia, graciosa pastora, que por diversas veces, yendo á caza, había recibido, siendo hospedado en casa de su padre Janicola, rico cabañero, determinó que Griselida fuese su mujer, y por esto les señaló el dia de las bodas, y por el consiguiente á todos los criados y servidores de su casa.

Griselida, no lejos de la ciudad adonde el marqués tenía sus palacios, residia con su padre Janicola en un lugarejo de pocos y pobres moradores, con gran copia de ganados, que con la industria y sagacidad della eran regidos y gobernados: harto hermosa y de buen parecer cuanto á la disposición y presencia. Pero en la verdad, en hermosura de ánimo y noble crianza tan escelente hembra era, que ninguna de aquel tiempo igualar no se le podia; y como era criada á todo trabajo, ignoraba su pernicioso deleite, que no se asentaba en su pecho pensamiento de regalo, antes un grave y varonil corazón publicaba, en defension de su honestidad, y mantenimiento de sus mansas y queridas ovejuetas. Era cosa de notar el grandísimo amor con que regalaba y servia á su viejo padre; y á causa que cerca deste pobre lugar había un fertilísimo monte de abundante caza deste marqués, solia ser visitada por diversas veces, y della con mucha sagacidad servida. Y como á su noticia viniese que el marqués había señalado el dia de las bodas, sin nadie saber quién había de ser tan dichosa y bienaventurada marquesa, rogóle al padre que

para aquel día la llevase á la ciudad, para que conociera pudiese, y en regocijo de tan solemnes fiestas del marqués alguna merced alcanzase en recompensa de los pobres y bajos servicios, la cual petición el padre se la concedió.

En este medio hacia el marqués aparejar con gran diligencia anillos, piedras preciosas, joyas y ropas, y todo lo demás que para tal caso convenia, la cual ropa hacia cortar á medida de una criada de su casa, semejante en estatura y complision de Griselda. Venido ya aquel día tan deseado, en que se habian de celebrar las bodas, acudieron á palacio muchos caballeros y damas ricamente vestidos, y en no saber quien seria la novia todos estaban suspensos y maravillados. Viendo el marqués la caballería toda junta, y los menestres á punto, diciendo que queria salir á recibir á su esposa, cabalgó, llamando media docena de los mas privados caballeros suyos, y fuése derechamente á casa de Janicola, el cual halló que salia con su hija para venir á la ciudad, y tomándole por la mano, le apartó muy en secreto, y le dijo: «Janicola, ya sé que me quieres bien; yo conozco que eres hombre leal, y pienso ternás por bueno lo que á mi me place. Una cosa en particular querría saber de tí, si como soy tu señor, querrás darme á tu hija por mujer.» Maravillado el viejo de cosa tan nueva, estuvo un poco sin poder responder; pero al fin cuando el miedo le dejó abrir la boca, dijo: «Señor, ninguna cosa debo yo querer ó no querer, sino lo que vos tenéis por bien, viendo que sois mi señor.» En esto le dijo el marqués: «Entremos yo y tú solos con tu hija Griselda en tu casa, porque en presencia tuya tengo necesidad de hacerle ciertas preguntas.» Entrados pues en casa, quedando los seis caballeros fuera, enderezó amorosamente su plática á Griselda el marqués, diciendo: «Virtuosa y dichosa doncella, tu padre é yo por el consiguiente, somos contentos que seas mi mujer; creo que no querrás contradecirnos; pero yo quiero saber de tí una cosa, y es, que cuando nuestro casamiento fuese concluido, el cual será luego, placiendo á Dios, me desengañes si estás pronta para hacer de buena gana cuanto yo te mandare, de suerte que nunca vengas contra mi voluntad, y pueda hacer de tí lo que bien me pareciere, sin que por ello conozca en tu cara tristeza, ó en tus palabras contradiccion alguna.»

Respondió la considerada doncella, temblando de vergüenza y con la sobrada alegría que en su corazón habia concebido: «Señor mio, bien sé que este tan alto favor es mucho mayor que mi merecimiento; pero si vuestra voluntad y mi dicha es tal, no digo hacer cosa contra su parecer, pero ni pensalla en mi pensamiento, ni aun de cuanto vos hiciéredes contradeciros, si pensase recibir mil muertes por ello.» Oído esto, el marqués dijo: «Abaste eso, tal se confía de vos, doncella», y tomándola por la mano, la sacó delante de sus caballeros diciendo: «Amigos, esta es (aunque con bastos vestidos compuesta) mi mujer y señora vuestra; servidla y amadla.» Entonces los caballeros, con las gorras en las manos, se arrodillaron delante della, besándole las manos con gran cortesía cada uno, abrazándose de uno en uno, los alzó de tierra. Entonces el marqués mandó que secretamente el uno dellos la llevase á palacio, y la pusiese en su aposento, y que allí de una ama suya, de quien mucho se fiaba, fuese despojada de las ropas que traía, y vestida de aquellas riquísimas que para su propósito se habian ya cortado.

Entrando el marqués por su palacio, como tan deseosos estuviesen los caballeros y damas de la marquesa, le preguntaron: «Señor, ¿qué es de la señora y deseada marquesa? Muy mal cumple su palabra vuestra señoría.» A esto respondió: «No os fatigéis, amados vasallos míos, que ya está en palacio, y porque en breve podáis conocer quien es, yo entraré por ella y la sacaré de la mano en vuestra presencia;» y despidiéndose dellos con

la cortesía acostumbrada, se entró en el aposento de Griselda la estaban aderezando y componiendo, la cual estaba puesta á punto. Pareció tan hermosa y real dama cuanto pudo ser en el mundo, que de enamorado que estuvo el marqués en vella, no pudo estar en abrazalla y besalla, y dalle un riquísimo anillo en señal de desposada, y tomándola por la mano, salió en la sala adonde la estaban aguardando los caballeros y damas. Y disparando los menestres, se movió un grandísimo regocijo diciendo: «Viva el marqués y la marquesa por muchos años y buenos, amén.» Adonde fueron desposados por un obispo muy honrado, y les dijo la misa, y se celebraron las bodas, pasando aquel día con muchos juegos y danzas.

Mostróse en poco tiempo después en la pobre, ya hecha nueva marquesa, tanta gracia y divinal favor, que no mostraba en alguna cosa ser nascida ni doctrinada en la aspereza del monte, sino en palacios de grandes señores, por donde de todos era muy honrada y querida, cual se podia creer; tanto que á los que á conocerla vinieron desde niña, se maravillaron que fuese hija de aquel villano Janicola, segun era de excelente el modo de su vivir y tratamiento, la nobleza de su crianza y la gravedad y dulcedumbre de sus palabras. Con todo lo cual traía á sí el amor y reverencia de cuantos la miraban, y no sólo en aquella su tierra, mas también por otras provincias, era ya tan divulgada su ilustre fama, que muchas gentes, así hombres como mujeres, con gran deseo la venian á ver. Con tan excelente mujer vivia el marqués en su tierra en mucha paz y sosiego, y de todos era tenido por muy prudentísimo, en que debajo de tanta pobreza habia sabido conocer tan sublimada virtud; y no penseis que esta tan noble señora entendiése solamente en los ejercicios de dentro de su propia casa, sino que donde se ofrecian generales y públicos casos,

estando el marqués ausente, atajaba y declaraba los pleitos, apaciguaba las discordias, y todo esto con mucha prudencia y recto juicio, que todos á una voz decian que Dios les habia dado tal señora por su infinita misericordia, y rogaban á Dios que les diese fruto de bendiccion.

De allí á poco tiempo se hizo preñada, y parió una niña muy hermosa, de lo cual fué muy gozoso el marqués y todos sus súbditos y vasallos, y con gran contentamiento la marquesa la quiso criar á sus pechos, y por probar su infertilidad y paciencia, siendo la niña de edad de dos meses, ordenó el marqués una cosa digna de maravillar, y no cierto de loar entre sabios; y es que mandó á su ama, por ser muy sagaz y de quien se podia muy bien fiar, que tomase una niña que habia habido del hospital recién fallada, y, estando durmiendo de noche en su cámara la marquesa, le tomase su hija y le pusiese la muerte con los mismos pañales. Hecho esto con la mayor astucia del mundo, como la marquesa se despertase y hallase muerta la niña, alzándose en la cama, comenzó á decir: «Ay, reina de los ángeles, amparo de los tristes y afligidos pecadores, señora mía, no me desampareis! ¿Y de qué puede ser muerta?» A las voces, como ya el marqués estuviere sobre aviso, vino corriendo de su aposento medio despojado con muchas hachas encendidas, y el ama mesando sus cabellos se le puso delante, diciéndole la desdicha que habia acontecido á la marquesa. Oyendo esto y llegado en su presencia mandó que le quitasen la niña de entre manos, y que con solemne enterramiento la enterrasen; y vista la presente, se retrajo en lo mas oculto de su palacio, y con un criado llamado Lucio, muy familiar suyo, envió su hija al conde de Bononia, su especial y carísimo amigo, para que la criase en toda suerte de buenas y virtuosas costumbres, y sobre todo la tuviese tan secreta que nadie pudiese saber cuya hija era. De allí á cuatro ó cinco días determinó el marqués de visitar á la marquesa, la cual halló muy triste encerrada en su aposento, y entrando por él mandó que todos se saliesen fuera y los dejasen solos, y

asentados, enderezó su plática á la marquesa, diciendo así:

«Ya sabéis, Griselda, porque no pienso que la presente prosperidad os haya hecho olvidar de lo que antes fuistes, de qué manera venistes á mis palacios, y os tomé por mujer; y á la verdad yo os he siempre amado y estoy de vos muy bien satisfecho; sino que después que nuestra única hija, tan deseada, hallastes muerta á vuestro lado, mis caballeros y vasallos están de vos mal contentos, y les parece cosa áspera tener por señora una mujer plebeya, de rústica generacion; yo, como deseo tener con ellos paz, querría volveros á casa de vuestro padre.» Oído esto por la marquesa, ninguna señal de turbacion mostró en su honestísimo rostro, antes con gentil semblante le contestó: «Vos sois mi señor marido, y podeis hacer de mí lo que bien os pareciere; ninguna cosa hallo yo que á vos os agrade que á mí no me contente. Esto es lo que asenté en medio de mi corazón cuando os di la palabra de ser vuestra mujer en casa de mi padre.» Considerando el marqués el animo y profundísima humildad de su mujer, sin conocer en ella mudamiento alguno de lo que antes era, sino una fertilidad muy grande, atajó la plática diciendo: «abastepor ahora esto, señora; póngase silencio en este negocio hasta que veamos si mis vasallos me volverán á molestar, lo que contra mi voluntad es por cierto;» y con esto se despidieron.

Con esta desimulacion pasaron doce años, al cabo de los cuales la marquesa se hizo preñada y parió un hermoso niño, el cual fué un gozo singular para su padre y á todos sus amigos y vasallos. A la fin de dos años, siendo destetado, ordenó el marqués, por dalle otro sobresalto mayor y probar su continencia, que se fuese la marquesa á caza de monte, adonde se holgaria en extremo de verse con su padre Janicola. Ella, muy contenta y regocijada, aderezóse ricamente cual á su estado convenia, no dejando á su hijo, como aquella que en extremo grado le queria y amaba. Allegados al monte, y recibidos con sobrado contentamiento de Janicola, mandó el marqués que la comida, á causa del calor grande que hacia, fuese aderezada y puesta junto de una sombría y deleitosa fuente; y determinando por la mañana de salir á caza con sus moneros, encargó mucho á Lucio su criado que trabajase cuanto posible fuese de hurtarle el niño á la marquesa, y vista la presente le llevase al conde de Bononia para que lo criase secretamente juntamente con la niña. Y para disimulacion desto, le mandó al dicho criado delante la marquesa, que se fuese luego á la ciudad á despachar el negocio que le habia encomendado; pues como el marqués fuese salido á caza antes del día, ya después de haber almorzado, la marquesa, por haber madrugado á causa del marqués, se puso á dormir sola con su hijo á la sombra de unos mirtos floridos, á do luego fué adormida, aunque no el niño, sino que levantado del lado de su madre, iba jugando con unas pedruzuelas. En esto el criado Lucio, que no dormia, viendo que ninguno lo podia ver, apañó de vuestro niño, y lo llevó donde el marqués le tenia mandado.

Cuando la marquesa despertó, preguntó por el niño á las dueñas y escuderos, y viendo que no le hallaban, pensando que alguna fiera lo hubiese comido ó hecho algun daño, los estremó que ella hacia eran tan grandes, que á todos conmovia á tristeza y lloro, á los cuales allegando el marqués y dándole parte de la pérdida de su hijo, no quiso comer ni beber, sino que derechamente se volvió á la ciudad, y la marquesa á caballo con todas sus dueñas detrás del con mil sollozos y lágrimas, pensando en tan gran desventura como se le habia seguido; del cual perdimiento los vasallos hicieron gran llanto y señalaron algunos principales de luto. Al cabo de dias, viniéndola á visitar á su aposento á la marquesa, le propuso lo siguiente:

«Señora, grande ha sido la desdicha mia en haberos to-

mado por mujer, pues tan desastadamente y por vuestra culpa haya perdido dos herederos, que yo lo tenia á muy buena dicha en que poseyese mi estado, y mis vasallos mucho mas. Y viendo ellos la bajeza de vuestro linaje, y la negligencia que en guardarlos habeis tenido, soy importunado que me case con una doncella que dicen que es hija del conde de Bononia, dotada no solamente de hermosura y dote, pero de infinitas virtudes. Ya sabéis vos que mal puedo yo casarme siendo vos, señora, viva; y por tanto han propuesto que secretamente os procurase dar la muerte; y cuando pienso en ello, amada Griselda, no me lo sufre el corazón que tal cosa ponga en efecto: por eso dadme vuestro parecer.»

La constante é ilustre marquesa dijo: «Señor, si con mi muerte son vuestros vasallos y vos servido, no digo una, que debo tan solamente á mi Dios y criador, pero mil recibiria en solo ser vos dello contento y pagado.» En ver el marqués cuán sin turbacion y humildad respondió, dijo: «no lo mande Dios, señora, que tal piense ni haga, pero está el remedio, sin que vos padezcáis, en la mano, para que yo y mis vasallos estén satisfechos, y es, que el ama de quien tanto mi casa fiaba, por el sentimiento que ha recibido de la pérdida de mi hijo, ha caído mala, y segun los médicos me han dado relacion dello, no puede escapar de muerte; quiero, si vos quereis, que vos tan solamente la sirvais, y si falleciere pasarémosla á vuestro aposento, é vos quedareis en el suyo, puesta en su propio lecho, como que sois el ama mesma; yo fingidamente diré que os he hallado muerta á mi costado. Contenta la marquesa del pacto susodicho, muerta el ama la pasaron secretamente los dos adonde estaba concertado, y la marquesa se puso en el lecho del ama, é á media noche el marqués empezó de dar voces que la marquesa era muerta súbitamente durmiendo con ella, é deste desastado é fingido suceso recibieron todos sus vasallos grandísimo enojo por el amor é voluntad que le tenian, por do el marqués le hizo hacer solemnes honras cual á su estado convenia.

Griselda la marquesa, que en cuenta de ama quedaba, se puso levantándose de la cama en aquel traje é apostura cual el ama solia traer, y secretamente las mas noches dormia con el marqués, é estando una noche con ella le dijo: «ya sabéis, señora, que teniéndome en reputacion de viudo, he dado palabra de casarme con la hija del conde de Bononia, de quien en dias pasados os apunté, é mis vasallos me importunaban; conviene que nuestra conversacion se departa, y vos useis de vuestra acostumbrada paciencia, considerando que las prosperidades no pueden siempre durar, haciendo lugar á mi nueva esposa.» Respondió á esto la noble marquesa: «siempre vi yo, señor mio, que entre vuestra grandeza y mi poquedad no habia proporcion ninguna, no me hallando merecedora de ser vuestra mujer, y en esta casa y palacio, donde vos me hicistes señora. Dios me es testigo que en mis pensamientos siempre me tuve por indigna de tal estado. A Dios nuestro Señor y á vos bago infinitas gracias del tiempo que en vuestra compañía he vivido con tanta honra, que sobrepaja en extremo grado á mi poco merecimiento; en lo demás, aparejada estoy á servir como obediente esclava á vuestra nueva y deseada esposa, la cual goceis por muchos años y buenos.»

En esta sazón envió el marqués á Lucio su familiar criado con cartas de su mano, acompañado de muchos caballeros, suplicándole al conde que le diese la niña que le dió á criar, la cual seria de catorce años, y juntamente el infante. Recibidas las cartas, el conde, por el amor que le tenia, determinó de venire con ellos, y asignando dia cierto, tomó su camino con muy riquísimas joyas, acompañado de sus vasallos, llevando consigo la doncella en extremo grado hermosa y muy ricamente vestida, y con ella el infante su hermano. Allegó en breves dias á la presen-

cia del marqués, do fué muy bien recibido con los suyos en su rico palacio, y la doncella y el infante hospedados en el aposento que solia ser de la marquesa, la cual en figura de sirviente amalegó á saludar á la doncella, y después á los que con ellos venian. Y de ver los extranjeros huéspedes su noble crianza y dulce conversacion estaban en extremo maravillados. Era de ver el especial cuidado que tenia de servir y festejar la doncella, sin poderse burlar de loalla de hermosa y bien señalada. Queriendo ya asentarse á comer, volviése el marqués á Griselida, y casi medio burlando, delante de todos le dijo: «¿qué te parece desta mi esposa? ¿No es agraciada y hermosa?—Si por cierto, señor, dijo Griselida, no pienso que se halle otra mas gentil y bien criada. Pero hablando agora con libertad, digo: que si vuestra mujer ha de ser, una cosa os suplico, que no la deis á gustar aquellos desabrimientos que distes á la pasada, porque como es moza y criada en regalo, no los podria sufrir.» Viendo el marqués la generosidad con que esto decia, y considerando aquella gran constancia de mujer, tantas veces y tan reciamente tentada de la paciencia, con justa causa tuvo ya compasion della, y no pudiendo mas disimular, acabado que hubieron de comer, bizola venir y asentar á su lado, diciendo: «¡Oh mi noble y amada mujer! harto me es ya notoria y clara vuestra lealtad; no pienso haber hombre debajo del cielo que tantas esperiencias del amor de su mujer haya visto, como yo.» Diciendo esto con entrañable amor la fué á abrazar, replicando: «vos sola sois mi mujer, nunca otra tuve ni tengo; que esta que vos pensais que es mi esposa, es vuestra hija, la cual fingidamente hice yo que la tuviéredes por muerta. Y este infante vuestro hijo es, el que por diversas veces pensastes haber perdido en el monte. Alegraos, pues juntamente lo cobrais todo, y sabed, señora mujer, que fui curioso probador y no iracundo matador.»

Oyendo esto la noble matrona, de placer quasi perdió el sentido, y con un sobrado gozo de ver á sus hijos, salida poco menos de seso, dejóse ir acia ellos, y á vuelta de muchas lágrimas, no podia escusarse de los abrazar y besar muchas veces. Entonces aquellas damas todas á porfia con muy gran regocijo la desnudaron de sus pobres ropas, y la vistieron de las acostumbradas y preciosas suyas. Fué para todos aquellos caballeros y damas una muy grande alegría esta reconciliacion de la marquesa Griselida. Y siendo divulgado esto al pueblo, se hicieron grandisimas luminarias y fiestas y regocijos por recobracion de la marquesa y de los hijos que ya por muertos tenian. Vivieron después desto marido y mujer largos años con mucha paz y concordia.

PATRAÑA TERCERA.

Por amor murió el quistor,
Y el amada por su hablar
Fué causa de sentenciar
A su marido y señor.

Residia en la ciudad de Paris, junto de la casa de los quistores de Nuestra Señora del Piege de Francia, un hombre llamado Tiberio, el cual era casado con una mujer tan noble como virtuosa, dicha Patricia. A está, por parecerle muy bien, recuestaba un quistor de aquellos llamado Esbarroya, mas por bien que la siguiese así en servicios como en presentarle joyas y dineros, por jamás hizo nella en esta honrada y virtuosa mujer; y porque si su marido, con la importunacion del necio del quistor, hubiese algun sentimiento dello, y no la culpase sin merecerlo, determinó de dalle parte muy cumplidamente de lo que pasaba, de lo cual el marido, quedando satisfecho de su bondad, mandó que le diese entrada una noche en su casa al quistor Esbarroya. Ella, con todas las caricias y dis-

mulaciones que pudo, le dió entrada una noche al quistor. El marido, que escondido estaba, así como fué dentro en su casa, dióle un tal golpe en la cabeza, que le mató. Habiéndole muerto, porque la justicia no hubiese sentimiento dello, tomóle á cuestras, y entróle por detrás de un corral de la casa que solia habitar el quistor, y asentóle en una necesaria que habia, y volviése á su casa.

Como vino cerca de media noche, levantóse otro quistor que tenia pendencies con Esbarroya para hacer sus hechos, y salido al corral, conociendo quién era el que estaba en la necesaria con la claridad de la luna que hacia, aguardó un rato: tanto estuvo aguardando, que amoninado pensando que el otro lo hacia adrede, apañó de un canto, y dióle en la cabeza de tal manera que le derribó. El, pensando que le habia muerto, porque no presumiesen que él lo hubiese hecho por el rencor que le tenia, no sabia qué hacerse. Por lo cual determinó, para mejor remedio y disimulacion, sabiendo que perescia de amores de Patricia, de llevarlo á cuestras á la puerta de la dicha señora, para que presumiesen que por su causa lo hubiesen muerto. Llevado pues y dejado á su puerta, levantándose Tiberio, marido de Patricia, antes del día, para salirse de la ciudad, vido el quistor muerto á su puerta. Pospuesto todo temor, buscó de presto otro remedio: y es, que tomó un garañon que estaba en el corral de la casa de los quistores, y ensillado, cabalgó al muerto encima dél, y con una lanza enristrada le puso á la puerta á los quistores.

El quistor, que pensaba haber muerto á Esbarroya, levantóse de buena madrugada para salirse de la ciudad, con una yegua que iba en amor, y al salir de la casa, como el garañon la sintió rompió la soga en que estaba atado, y fué tras della. El quistor que vido al muerto á caballo, y enristrado con la lanza, y que le venia detrás, no tuvo otro remedio sino dar de espuelas á la yegua; pero cuanto mas corria mas le seguia el garañon, de tal manera que alborotó toda la ciudad de la suerte que los dos corrian. En fin, tomado y venido delante del juez, interrogándole qué podia ser aquello, el pobre quistor turbado de lo que le habia acontecido, no pudo hablar palabra, sino cuanto dijo uno de la casa de los quistores, que él sabia que estaba refuido con el muerto. Con este testigo mandó el juez que lo pusiesen en la cárcel, el cual de allí á pocos dias cayó malo del espanto que recibido habia, y vino á tal extremo que le hubieron de sacar con gruesas fianzas de la prision, y llevarlo á la casa de los quistores para habelle de medicinar. En este discurso de tiempo, como riñesen Tiberio y Patricia, enojos que suelen acontecer entre marido y mujer, alzó la mano el marido y dió un bofetón; apenas se lo hubo dado, cuando empezó á decir: «A este traidor, á este mal hombre, que ha muerto al quistor Esbarroya, ¿no hay justicia que le castigue?» No faltó quien lo oyese, que luego fué acusado Tiberio, y llevado delante el juez, el cual por sus tormentos y orden de justicia otorgó la verdad de cómo y por qué habia muerto al quistor Esbarroya, y fué condenado á muerte, y libertado el otro quistor.

PATRAÑA CUARTA.

Arsenio, por ser amante
De Sabelina nombrada,
Fué de adúltera culpada,
Y libróla un nigromante.

Para entendimiento de la presente patraña es de saber que hay en Roma dentro de los muros della, al pié del monte Aventino, una piedra á modo de molino grande, que en medio della tiene una cara casi la media de leon, y la media de hombre, con una boca abierta, la cual hoy

en dia se llama la piedra de la verdad (1). Es el caso pues que en el tiempo que en tan famosísima ciudad reinaba la gentilidad, y en sus oráculos y templos se regian y gobernaban por caracteres y respuestas de demonios, que encerrados en los idolos á sus propósitos é invenciones tenian dedicados, desta misma manera estaba encerrado un demonio en la dicha piedra de la verdad, la cual tenia tal propiedad, que los que iban á jurar para hacer alguna salva ó satisfacion de lo que les inculpaban, metian la mano en la boca, y si no decian verdad de lo que les era interrogado, el idolo ó piedra cerraba la boca, y les apretaba la mano de tal manera, que era imposible poderla sacar, hasta que confesaban el delito en que habian caido; y si no tenian culpa, ninguna fuerza les hacia la piedra, y así eran salvos y sueltos del crimen que les era impuesto, y con gran triunfo les volvia su fama y libertad; y por el consiguiente, si eran culpados los castigaban, segun el caso y las leyes romanas con todo rigor lo permitian.

Durando este rito y ceremonia diabólica por muy gran tiempo, acaesció que habia en Roma un famosísimo capitán romano llamado Cipion Torcato, de la linea cesarina. Este tenia por mujer una matrona romana, la mas afamada en virtudes y gentileza que habia en toda Roma, de la casa Sabela, llamada Enea Sabelina, de edad de veinte y tres años, en toda perfeccion mujeril, segun naturaleza. En esta sazón, como se rebelasen contra los romanos los del Danubio y Transilvania, fué forzado á los romanos enviar ejército contra ellos, para reducirlos á la obediencia suya, y con él fué elegido que fuese este capitán Cipion Torcato, en la cual jornada estuvo algun tiempo, que las cosas de la guerra no se definieron tan presto, como acaescer suele. En este comedio vino del estudio de Atenas un mancebo de edad de veinte y tres años, muy famosísimo doctor de medicina, así en letras como en toda esperiencia de plática. Era patricio y natural romano de la casa de Hursiana, llamado Arsenio Rufo, hombre de muy gentil gracia y áfable conversacion, y sabio, que por tal era tenido en toda Roma. En esta coyuntura vino nueva como el ejército de los romanos que habia ido sobre los del Danubio y Transilvania era quasi roto, y muchos de los principales capitanes muertos; por la cual nueva y sobresalto esta gentil matrona cayó muy mala: en tal extremo vino, que todos los médicos que curaban della dudaban de su salud, y siendo conocida la ventaja que á todos los médicos de Roma este Arsenio Rufo tenia, fué importunado por algunos parientes y amigos, que visitase esta dicha señora Enea Sabelina: el cual en sus visitas fué captivo el bueno del doctor de sus amores; y cuanto mas ponía diligencia en su salud, tanto cada dia iba mas empeorando en su ciega codicia y vano pensamiento, y con la frecuentacion de las visitas y menudas pláticas. Estando ya buena, tuvo el doctor lugar de manifestalle el secreto de su afligido corazon, lo cual á ella no le pesó mucho, viéndole tan apasionado por sus amores, por velle tan gentil hombre en todas sus cosas, y casi de su edad, y que el linaje de los dos era conforme. Tanteando todo esto, vinole también al pensamiento, que si su marido en la guerra fuese muerto, que no podia casar con otro que mejor le cuadrase, que con él; por otra parte se le ponía delante cuán abominable y vituperable cosa era á las matronas romanas caer en semejantes delitos. Y así vagueando con estos pensamientos, y el doctor continuando con sus molestias, vino ella á conceder á la peticion de su requerido, con tal que esto fuese muy secreto, porque no cayese en la infamia y pena que las romanas matronas caian, que semejante caso de adulterio cometian, en especial estando los maridos ausentes en la guerra, ó en

otro cualquier lugar que en servicio fuese de la república. El, como no deseaba cosa mas que poner en efecto su deseo y enamorada pasion, con muchos juramentos y promesas vanas, como hoy en dia suelen hacer los mundanos hombres en semejantes casos á las mujeres livianas, vino á ponerse por obra lo que los dos tanto deseaban.

Duró algun tiempo esta conversacion, y todo lo mas secreto que fué posible, aunque no tanto como convenia en caso tan peligroso; pues habiendo sentimiento los parientes del marido deste negocio, por los indicios y apariencias que en tal caso suelen acontecer, avisaron al capitán Cipion Torcato, que con algun achaque demandase licencia para venir á Roma á un cierto caso que le importaba, que era cosa que le iba mucho en ello, que muy presto se volveria al campo; y como los romanos ya tenian recuperado lo perdido, y sujetado á sus enemigos, y tratado cierta tregua con ellos, para darse concierto en la paz, hubo lugar y sazón para le conceder al dicho capitán Torcato licencia de venir á Roma, y lo mas presto que pudiese se volviese al campo; y así vino á Roma, y fué muy bien recibido, así de su mujer como de todos sus parientes y amigos, aunque no del señor doctor Arsenio Rufo, por la cesacion de la conversacion que gozaba de sus amores, ni tampoco de su mujer en lo intrínseco y secreto de su corazon, por el amor que ya tenia puesto en el doctor, y temor de lo hecho, no fuese por alguna manera descubierto. El dicho capitán informado de sus parientes del caso y de los indicios y apariencias que para esto la sospecha les habia puesto, como hombre prudente y sagacísimo, por lo mucho que queria á su mujer, y por la gran confianza que della tenia, no dió del todo crédito á la informacion que le dieron; pero recatadamente miraba si en algo podia ver, ó sentir alguna señal que le hiciese cierto del caso, sin dar parte á ninguna persona, ni tampoco á la mujer, de cosa alguna, antes la acariciaba y mostraba mas amor y voluntad que nunca, y con esta disimulacion pasaba el tiempo sin ver ni sentir cosa de que certificado estuviese.

Y llegándose ya cerca del tiempo y término que habian dado para volver al ejército, estando una noche con su mujer con todo regocijo y pasatiempo, con la mayor disimulacion y sentimiento que pudo le comenzó de proponer desta suerte: «Muy amada y querida mujer, sábelo Dios cuánta pasion, pena y tormento lleva mi triste y afligido corazon, y ha pasado en todo este tiempo que de vuestra presencia ha estado ausente; y aun ahora se me recrece en esta tornada; que me es forzado de volver al campo, y ejercitar mi oficio y gobierno, segun que por el senado me es encomendado, y porque segun el comun proverbio dice, que no hay mejor medicina para curar cualquier llaga que está escondida, que es manifestarla; yo, señora mia, he determinado de manifestaros una, que por sospecha lastima en gran manera mi corazon.» La astuta romana con gran disimulacion, en el momento fué al cabo de su proposicion, y con toda serenidad y audacia, proveyendo á todos sus sentidos que estuviesen sobre aviso porque no diesen ninguna señal de alteracion con que se pudiese tomar algun conocimiento de su yerro y culpa, disimulando dijo:

«Por cierto, mi señor y marido, que ya sabeis vos lo que teneis en esta vuestra Enea Sabelina, que vuestra pena, pasion y trabajo, ó fatiga, es propia mia; y por eso con razon seria muy feo caso, y muestra muy evidente de gran desamor entre dos personas que tanto se aman y en todo son tan conformes, no se manifestar lo que sienten. Por esto, señor mio, os suplico que no me pongais en términos que de vos algo sospeche, sino pues que sabeis que los dos somos una mesma cosa, mucha razon es que entre nos no haya cosa celada ni fingida, sino un corazon, una voluntad é un querer, como las leyes lo amonestan é Dios nos lo manda.»

(1) Esta piedra se ve todavía en el pórtico de la iglesia llamada de Santa Maria in Cosmedina, ó por otro nombre della Bocca della Verità, aludiendo á esta antigua tradicion romana; aunque segun la apariencia muy bien pudo ser destinado aquel relieve á alguna fuente ó sumidero.

En todo cuanto decía esta astuta romana, no dejaba de derramar algunas lágrimas, fingiendo palabras cariciosas de muy grande amor, por las cuales el marido, medio satisfecho, comenzó á decirle: «Manifiesto os es, señora mía, por las señales que esteriormente vistas, la pasión y pena con que mi corazón se apartó de vos cuando me partí para esta guerra que entre las manos tenemos de los númidas y transilvanos, que fué tanta que se puede bien comparar á la de cuando el ánima inmortal se aparta desta carne corrupta mundana; y con esta mortal pasión seguí mi peregrina jornada, ejercitando el oficio de capitán como me es encomendado, con mas temor de haberos de perder, que no de los peligros que me podían venir de la peligrosa guerra, por la multitud de los enemigos; y con esta imaginación y pensamiento, estando una noche, después de la centinela de prima, reposando del trabajo del cuerpo aunque no del espíritu, por el cuidado que me ponían mis pensamientos, ni bien durmiendo ni velando, soñé que estábades, señora mía, mala de una enfermedad de que muy poca esperanza se tenía de vuestra vida; aunque visitada de los mas principales médicos de toda Roma, ninguno hallaba remedio en vuestra salud, sino tan solamente un peregrino doctor, aunque patricio de Roma, que dió remedio á vuestra aflicción dándoos salud, quedando él en mayor enfermedad por causa de vuestros amores. Y que vos, señora mía, conociendo el beneficio recibido de su mano, por gratificarle en algo, con el contento que teníades de su persona, condescendiendo á sus importunas peticiones, se violaba el vaso, y se perdía la laureola corona de la continencia, de que tanto se precian las matronas romanas. Y con este nocturno temor desperté muy desasosegado, como quien se levanta de un sueño pesado, fuera de todo sentido; y por muchos dias me duró un temblor de todo el cuerpo, y pasión de corazón, que de mí no sabia parte, en tal manera, que me fué forzado retraerme en mi pabellon, fingiendo estar malo de otro accidente por encubrir mi flaqueza, y cumplir con mi honra. En este tiempo, que mas me aquejaba mi pena y dolor por los juicios é interpretaciones que echaba y hacia sobre tan grave y pesado sueño, me vinieron ciertas letras de algunos parientes míos de Roma, en las cuales me daban relación cómo me habian tenido por muerto en la rota de nuestro ejército, y que por esta nueva hablad vos, mi señora, venido al último fin de la vida, por la gran alteración que dello tomastes, y que por medio de un señor doctor la habíades cobrado, perdiendo en algo la fama de la continencia de que antes triunfabades, mediante las señales y muestras que los indicios en semejantes casos dar suelen, y que me convenia mucho, segun el caso requería, dar vuelta a Roma, con toda la brevedad que fuese posible en mirar por mi casa y honra; y con esta segunda alteración, dando algun crédito á mi imaginario sueño, me dispuse y determiné en venir y satisfacerme yo propio con la experiencia, y tomando licencia de mi general, con condición de volver á cierto tiempo, que muy presto se me cumple, y me es forzado volver al ejército, querría mucho satisfacerme, y no llevar conmigo esta carcoma y sospecha, aunque, á la verdad, todo este tiempo que ha que yo vine del campo y he estado en Roma, yo no he dejado por negligencia alguna, antes con gran sollicitud he escudriñado é intentado todo lo que en semejante caso podía hacer, y no he ballado ningún indicio, ni muestra para poner mácula en vuestra honra y fama; y á esta causa, yo todavía estoy con algun recelo, y no puedo echar de mí esta imaginación, y para que no resida mas en mi pensamiento, no he hallado otro mas sano consejo que este.

«Ya sabeis, señora mía, cómo para semejantes casos y otros cualquier crímenes impuestos, donde se puede conocer la culpa ó inocencia, es aprobada la piedra de la verdad, donde los dioses permiten que allí sea conocida, y os suplico y os conjuro, por aquel amor verdadero que

me teneis, que no recibais pena, de un dia, cuando á vos os pareciere, antes que yo me parta, con algunos de vuestros deudos, é yo con aquellos que deste caso me avisaron, porque del todo queden satisfechos, vamos juntos á esta peregrinación y templo, pues no es muy lejos de aquí, y hagais, señora, la prueba y salva de vuestra persona, y sea conocida vuestra limpieza, y quitados los nublados de mis dudosas y malas sospechas, porque de otra manera será imposible quedar yo del todo satisfecho.»

La prudente y sagacísima matrona á toda esta plática estuvo muy atenta, aunque con temor de la muerte como el caso y delito le requería, y con muy gran serenidad, fingiendo toda alegría, no mostrando ninguna señal de temor ni turbación (como algunas astutas mujeres en semejantes casos lo suelen hacer), respondió, que aunque el caso era arduo, porque tocaba tanto á su honra y fama, de la cual por ser romana mucho se preciaba, y era muy gran razon que ella se sintiese dello, que era muy contenta de hacer la prueba, porque fuese conocida su bondad y limpieza, como y cuando mandare. El, muy contento y algo satisfecho con tan buena respuesta, divirtió la plática en otros coloquios amorosos, aunque ella con nuevo cuidado y pensamiento de cómo se salvaria de tan gran peligro; y vacilando en su juicio, no halló otro remedio sino dar parte de todo lo que pasaba al señor doctor, avisándole que mirase en el peligro que estaba puesta por su respecto, y que con su saber lo remediase lo mas presto que pudiese.

Avisado pues el doctor del negocio y en qué términos estaba, y que también su vida pasaba peligro, segun las leyes y el uso romano lo permitia; después de muchos juicios y consideraciones, no halló otro mejor remedio que irse á aconsejar de un grandísimo nigromante y astrólogo que en aquel tiempo residia en Roma, el cual se llamaba Paludio, de nación de Grecia, y comunicándole el caso de la suerte que pasaba y el peligro que los dos esperaban, que no se podía encubrir el delito yendo á la piedra á jurar la pobre señora romana, segun estaba concertado, que le suplicaba le diese algun remedio ó consejo con que se pudiese salvar de tan gran aflicción y trabajo, y no lo dejase por ningún interés del mundo de hacer. El mágico, viendo las calidades de sus personas, y en lo que en Roma eran tenidas, condoliéndose dellos, y mucho mas afectándose á la paga prometida, le dió por respuesta al bueno del doctor que se sosegase, que él haria todo lo que fuese posible en tal caso. Así que, haciendo sus ceremonias y conjuros con sus familiares, apremiándolos que le diesen consejo y remedio con que estos dos amantes no peligrasen, y el triunfo de la fama desta tan señalada matrona romana no fuese menoscabado, y lo que se decretó y ordenó fué lo siguiente:

Entre todos los demonios para esto invocados, uno llamado Zelbi, muy familiar y compañero de Nabuzardán, apropiado para toda cautela y engaño, habló desta manera: «Paludio, á mí me parece, como espíritu experimentado, que me he esforzado por tu gran saber á decirte la verdad y darte consejo en este caso por el cual me conjuraste; y es que avises al doctor Arsenio que se disfraze de lo mas rústico villano que pueda, y lleve todo aparejo cual suelen traer los mas campestrés y rústicos villanos, así esquerero como cuchillo y agujas para sacar espinas, y sobre todo, se provea de una delicada espina para el propósito y efecto que pretendemos. Y con este aparejo se pondrá lo mas encubiertamente que fuere posible en la abajada del monte Celio, cerca del palacio de la digna Faustina, en el principio del llano, al arco triunfal historiado, donde se divide la calle que va al coliseo la via Hostiense, que por allí ha de pasar la señora y el marido con sus amigos y parientes, y advierta bien que siempre esté sobre aviso en este monitorio que le doy; y también es necesario que la señora esté avisada que

cuando venga á jurar y llegue á este sobredicho lugar, que mire muy bien acia el arco, y el doctor se demuestre como ya está allí á punto con todo recaudo, porque le dé ánimo, que no desmaye, que en fin es mujer: yo á la hora llegaré allí, y la haré tropezar y caer, y cuando se levante de la caída linja mucho quejarse de un pié, como que se le ha entrado alguna espina en él, y en ninguna manera se mueva de allí, por mas que la importunen que camine, quejándose siempre que no puede afirmar el pié, y no le hallarán nada, porque nada lo habrá, mas de una formada cautela para el efecto que se pretende. Y á la hora se mostrará el fingido villano, como que pasa por la via, al cual ella tendrá siempre mientes, y quejándose dolorosamente, el villano se parará, y sintiendo el caso, como quien hace burla, con palabras groseras se llegará á la señora demandando dónde le duele, y señalando ella el pié, y luego donde fingió haberse entrado la espina, yo proveeré con mi astucia que el mismo marido le convide á que le mire á ver el pié si puede velle y sacalle aquella espina de que tanto se queja, pues hombre es del campo, que casi por costumbre tienen de sacarlas cada dia. El á la hora con mucha presteza y gran diligencia saque su aparejo, con mucho tiento y cordura tomándole el pié entre las manos, aprovechándose del sentido del tocar ó palpar, como buen médico y cirujano que tanto le va en ello, se aproveche de todo lo que pudiere tocar, y hecho su personaje con la mayor sotileza que el amor le amonestare, sacando una poquita de sangre del delicado pié de la gentil romana, donde linja sacalle la espina que para este efecto ha de tener aparejada; untándola con la sangre la mostrará á los circunstantes, y creerán todos que así es la verdad, y con mucha alegría le darán todas las gracias, en especial la señora, á quien el caso tanto toca, le presentará una joya por el beneficio recibido.

«Este es el mejor consejo y remedio que yo hallar he podido para remediar este negocio, y contentarte á tí, nuestro gran preceptor y sutil maestro. Así que, es menester que de todo esto des aviso al doctor, y el doctor á la señora, y que cuando venga á jurar, que jure diciendo: yo, Sabelina, mujer romana, juro que ningún hombre (después de mi marido) ha llegado á mí, sino aquel villano que me sacó la espina; y desta suerte jurará verdad, y será libre y salva; por tanto quedate, que no tengo mas que decir.» Lo, el nigromante de todo esto dió parte al doctor. El doctor dándole las gracias y satisfaccion, como el caso lo requería, luego lo fué á proveer con gran diligencia, avisando á la señora de todo, y que no temiese de nada por ninguna via del mundo.

Esto así concluido, y venido el dia que estaba señalado en que se habia de hacer la prueba, estando todo prevenido y el doctor avisado y á punto, se hizo ni mas ni menos de como arriba está relatado, que el villano doctor hizo tan bien su oficio, que no se erró solo un punto. Y con esta gloria y contento la matrona romana con su marido y compañía llegó al templo, y el villano se fué por otra via lo mas encubiertamente que pudo; y la señora romana haciendo en el templo las ceremonias que en este caso se hacian, se allegó al idolo ó piedra, y metió la mano en la boca diciendo: «Yo juro que después que soy casada con mi señor y marido Cipion Torcato, ni antes, como él bien sabe que me halló, que ningún hombre nacido no ha llegado á mí, ni ha tocado á mis carnes sino es aquel pobre y rústico villano que en el camino me ha sacado la espina.» Y como esto era la verdad, que este mismo villano era el doctor, la piedra ó idolo no hizo ningún movimiento, antes el demonio salió della, y ella se quedó como hoy en dia está en la dicha iglesia de Santa Maria (1), escuela griega, que antes era templo de gentiles. El marido de la gentil romana y todos sus parientes, muy satisfechos y contentos de la purificación y salva tan

(1) Santa Maria in Cosmedina.

probada, y los que la habian acusado harto confusos, la volvieron á casa con muy gran gloria y triunfo. Y después de algunos dias que se cumplia el plazo limitado en que el capitán Torcato era obligado á volver á servir á su república y ejército, se partió con gran dolor de su corazón, por el amor y reputación que de nuevo le habia tomado, donde llegado y prosiguiendo todavía la guerra, en un encuentro y escaramuza le mataron los enemigos. Venida la nueva de su muerte á Roma, así la gentil señora su mujer como todos los parientes y amigos, hicieron muy gran sentimiento, y sus obsequias y ceremonias como entre los gentiles se usaba.

Pasados algunos dias, el sabio y sagacísimo doctor se supo dar tan buena maña y puso tal diligencia, que á contento de todos sus parientes la tomó por su legitima mujer. Después, á cabo de tiempo, todo esto fué descubierto por el mismo nigromante, y de común consentimiento de todo el pueblo, por memoria de su tan sutil saber, hicieron, después de muertos, á todos cuatro estatuas para que perpetuamente fuese notoria tan gran hazaña. La del doctor y rústico villano está á la cárcel de San Pedro, de piedra, echada en tierra en el mismo lugar que sacó la espina, y hoy en dia se llama el villano de la espina. La del astrólogo y mágico Paludio está en antes de subir la escalera para el Senado al pié del muro, á la mano derecha. Las dos, la del capitán Torcato y la de la gentil romana Enea Sabelina, están en Campidoli, antes de entrar al Senado, en el patio grande, donde está la cisterna donde se bebe la buena agua fresca; y es cosa muy señalada de ver estas estatuas, por ser tan excelentes y en tanta suntuosidad y artificio hechas.

PATRAÑA QUINTA.

Un niño en la mar hallado

Un abad le doctrinó,

Y Gregorio le llamó,

Y después fué rey llamado.

Gabano, rey de Palidonia, viniendo al paso de la muerte, llamó un hijo suyo llamado Fabio y una hija dicha Fabela, ya después de habelles dado con muchos sollozos y lágrimas su bendición, enderezando la plática á Fabio, le dijo: «Mira, hijo, que te dejo el reino con tal condicion, que no te puedas casar sin que primero cases á tu hermana Fabela, y mires por ella como por tu propia persona.» Muerto el padre y hechas aquellas honras que á un rey pertenescian, tanto miraba Fabio por su hermana, que cuando comia la hacia comer y servir en su misma mesa, y aderezóle una cama que no pudiese entrar en ella si no fuese por su real aposento. Fué tanta la conversacion de Fabio con su hermana Fabela, que se enamoró della, y á mal de su grado cumplió su carnal apetito y la hizo preñada. Pues como ella tal se sintiese, de continuo lloraba por haber cometido tan ignorme pecado. Habiendo sentimiento Fabio del afligimiento y tristeza de su hermana y de su yerro tan grande, tomando parecer de hombres sabios, determinó de irse á Roma para alcanzar del papa cumplido perdon, y así llamó muy en secreto un senescal suyo, de quien mucho se fiaba, y con juramento que á ninguno descubriese lo que le queria decir, le manifestó el pecado cometido, y cómo su hermana estaba preñada, y que por cuanto determinaba de irse á Roma á ponerse á los piés del papa, se la dejaba encomendada y señora y reina absoluta de todo su reino, si otro fuese de su vida. Contento el senescal, el rey se despidió de su hermana, se partió solo sin ningún criado, con su esclavina, lo mas secreto que pudo, como pobre peregrino. El senescal, porque mejor y cautamente la reina Fabela fuese servida, hizo que su mujer en persona la sirviese y